

# El psicoanálisis como ciencia horótica y c(i)enopitagórica

Oscar Pablo Zelis  
Universidad de Buenos Aires  
Grupo Investigación <> Psicoanálisis

## Introducción:

El psicoanálisis, como praxis clínica, aborda los “bordes”, trabaja en los límites - porque ahí se manifiesta el sujeto del deseo, el sujeto como *real*, más allá de su determinismo simbólico-. Y el psicoanalista escucha ese “resto”, desecho, ese residuo (real, *objeto a*) que queda del atravesamiento del sujeto por el orden de la palabra, por el significante, por el Orden Simbólico. El origen mismo del sujeto estará vinculado con haber sido un objeto para el deseo del Otro. Objeto perdido desde el inicio, pero (¿paradoja?) teniendo efectos actuales.

A su vez, el psicoanálisis se diferencia de la psicología general, si ésta es entendida como ciencia de las leyes generales del funcionamiento mental, del funcionamiento de la subjetividad humana. Distintas problemáticas que se visualizan en el ámbito de la Salud Mental, y de la medicina clínica, por no hablar de cualquier investigación algo profunda de la conducta humana, demuestra que el ser-hablante sobrepasa en algunos ítems esa legalidad general. Siempre algo del sujeto se revela o se opone, o reacciona a ser agotado, explicado completamente por una definición o por una ley general. El psicoanálisis es la única disciplina que toma estos restos, estos excesos, y elabora una teoría y conjetura de explicación e intervención sobre *eso* que no coincide con lo esperable desde la psicología general ni la medicina clínica. Y un paso más: comprueba en su experiencia que esa reacción, ese resto, es algo esencial para la subjetividad humana (Zelis y Pulice 2008).

Esta complejidad, ha sido uno de los motivos para que algunas posiciones epistémicas hayan criticado o incluso descalificado al psicoanálisis como práctica científica o incluso racional. Efectivamente, hace falta una epistemología y

metodología que supere el reduccionismo de constreñir el campo de la conducta humana, de la psiquis, de la subjetividad, a una mecánica, una fisiología, o alguna otra reducción biologicista, o a querer atarla a una lógica básica y elemental, desconociendo los avances que en dicho terreno que se vienen desarrollando, y que tiene como uno de sus iniciadores y pionero a Charles Sanders Peirce.

En esta línea directa, nos encontramos con dos ejes epistémicos y metodológicos que nos sorprenden con sus definiciones, ya que parecen acoger las problemáticas del campo que aborda el psicoanálisis: lo que Fernando Zalamea y Giovanni Maddalena bautizaban como *horosis*, -siguiendo algunas sugerencias Roberto Perry, y lo que éste último propuso como *c(i)enopitagorismo*, modulación enriquecedora a partir de las *categorías cenopitagóricas* peircenas (Zalamea 2012).

“La ‘horosis’ (neologismo, de horos, bordes) puede entenderse como el estudio sistemático de las transformaciones de información a través de fronteras bien definidas. Completando la díada análisis/síntesis, la horosis es una forma de terceridad peirceana que media pendularmente entre la descomposición analítica y la recomposición sintética” (Zalamea 2016, 255).

Esto nos lleva directamente a una topología que supera pensar el espacio dual del “adentro y afuera”. Dirá Zalamea que tendremos así una “tríada topológica básica interior/exterior/frontera” que no es más que “un caso particular de la tríada cenopitagórica universal *primeridad/segundidad/terceridad*” (Zalamea 2012).

“Las categorías cenopitagóricas de Peirce intentan propagar en el entendimiento prácticas de novedad, frescura, originalidad (“ceno” proviene del griego kaino – fresco; véase [MS 899; c. 1904] (...)) una lectura contemporánea de esa frescura, propuesta por Roberto Perry, sugiere una ligera deformación del “ceno” hacia “cieno” (proveniente del latín caenum – lodo, mezcla). El sistema de Peirce, de hecho, puede entenderse a nuestro modo como el más sofisticado sistema científico y filosófico del último siglo para un entendimiento fresco y creativo de las **mezclas del saber**. Alejado de los muchos ‘purismos’ -finalmente ilusorios, pero siempre enfermizos reductores de la imaginación-. (...) El sistema de Peirce puede entonces apreciarse cabalmente como un sistema meticulosamente estructurado para detectar los orígenes y la evolución (vía redes de obstrucciones y tránsitos) de cada signo general de interés, llámese ente natural, concepto, idea, figura, *fictura*, producto técnico o artístico, etc. Sistema dinámico si lo ha habido, dispuesto a corregir permanentemente sus hipótesis, el *c(i)enopitagorismo* peirceano entronca así naturalmente con *lógicas dinámicas* (gráficos existenciales, lógica topológica, lógica intuicionista, lógica de haces) y con *formas de continuidad y plasticidad* asociadas a esas lógicas.” (Zalamea 2010).

## Lógica y psicoanálisis.

¿Qué es la lógica para el psicoanálisis? O mejor (más pragmáticamente): - ¿Cuál es la concepción de lógica que utilizan (quizá sin saberlo) los psicoanalistas? Dentro del psicoanálisis, se habla o utiliza el término “lógica” en distintas situaciones: se habla de lógica de la intervención del analista; se busca que la argumentación teórica-clínica tenga una consistencia lógica, tenga un rigor lógico, que tenga coherencia (que se pueda seguir lógicamente su argumentación). Se busca siempre contrastar las conclusiones de sus argumentaciones o teorizaciones, con la experiencia clínica psicoanalítica, en el análisis de casos. Freud siempre estuvo atento a desarrollar y explicitar lo lógico de la investigación psicoanalítica. Lacan, por su lado, dirá en algún lugar: “no pretendo ser original, solo pretendo ser lógico.”.

De este *continuum* particular que es la praxis psicoanalítica, nos detendremos en un *recorte local* -no cualquiera, sino en uno de los “pilares” que situaba Freud para la formación del analista-, el espacio de la *supervisión o control* de la práctica clínica. Los psicoanalistas, cuando se hallan con un obstáculo, problema o desorientación en la dirección de una cura, de un tratamiento, tenemos el recurso del Control o Supervisión del caso, con un analista en el que depositamos nuestra confianza por su experiencia o *saber-hacer* psicoanalítico. Pero no resulta fácil definir este espacio, y un indicio de esto es que dentro de la misma comunidad psicoanalítica, al querer darle un nombre, oscilamos *pendularmente* entre los términos “Supervisión” y “Control”, - Lacan en algún momento propondrá incluso “super-audición”-. Puede entenderse en una primera aproximación como un “control” de la práctica de un psicoanalista, un control externo que puede ver y analizar con mayor objetividad lo que está pasando en la sesión. No olvidemos que la praxis analítica implica en su teorización incluir el efecto de nuestra presencia en la sesión terapéutica, conceptualizada bajo el término de *transferencia*. Nada mejor que un tercero externo para que pueda tener una mayor perspectiva de lo que pasa en ese vínculo transferencial entre el analizante y el analista. Pero, por otro lado, no se trata de “controlar” al psicoanalista, sino de supervisar su hacer, a partir del material que lleva a supervisar (esto es, lo que quedó como escrito o recuerdo de lo sucedido en las sesiones hasta el momento actual de decidir supervisarlas). Es un análisis del material clínico que transmitirá el analista. O sea, es un signo (complejo) del *real* de las sesiones que pasaron. En general, el propósito del analista que supervisa es desentrañar alguna dificultad, obstáculo, maraña, enredo, desorientación, o lodazal que se le presenta con algún analizante en un momento preciso de la cura o tratamiento. O desde nuestro tema: ubicar la lógica del caso (que en ese momento el analista ha perdido o no puede ver). Esto explica un poco la dificultad, y evidencia la “terceridad” que nombraría mejor a este espacio, como *medio* entre esos extremos pendulares nominados como supervisión y control. El supervisor justamente tampoco deberá ubicarse, ni como poseedor del Saber, pero tampoco como impotente ante el enigma que presenta el caso a supervisar. En efecto, si se ubica como Saber, no podrá “escuchar” la lógica y el decir de lo que se desliza y desprende de la narración y/o escritura que trae el analista como representante del caso clínico. Por el contrario, debe dejarse llevar por la fuerza, por el modo lógico particular que el material desprende (no

por sus ideas personales), para apuntar a deslindar y sacar a la luz algunas coordenadas singulares de ese tratamiento (y posicionamiento transferencial) singular. Se apunta en última instancia a las coordenadas de un sujeto, de un ser-hablante singular, con sus posibilidades de reacción dentro de un margen de espontaneidad, de crecimiento, más allá de lo repetitivo, de los hábitos instalados que producían padecimiento. Se trata de buscar lo que está más allá del enunciado escrito o pronunciado, en sus bordes *-horosis-*, para ubicar las coordenadas de algo de *lo real* que no puede escribirse, escapa y excede al signo-representación (que siempre será general). Se trata de focalizar los tropiezos, los aparentes errores gramaticales o lógicos, las aparentes contradicciones del discurso del analizante (paciente activo, que habla), porque esos “defectos”, esas opacidades, esos lodos o “*cienos*”, pueden ser índices (síntomas) de un *continuum* que estaba por debajo del continuum del relato consciente, relato consciente que entonces, puede cortarse, recortarse en ese indicio superficial, y desde ahí conectar con ese *otro continuum* inconsciente o reprimido, que queda a partir de este momento enlazado, por el acto que lo vuelve a conectar con la *semiosis* del sujeto.

Cuando uno está en ese lugar de supervisor o de control de un material clínico, y se rige por el principio de atenerse a la lógica particular y singular que la *semiosis* que ese caso clínico nos va marcando, nos sorprendemos de llegar a argumentaciones y conclusiones inferenciales que inicialmente jamás hubiéramos pensado, o hasta opuestas a nuestro personal “sentido común”. Cuando uno se ubica en ese lugar preciso, se encontrará de golpe forzado a seguir la concatenación lógica argumentativa – la ilación-, y a realizar las abducciones que la articulación de la teoría psicoanalítica (como guía de observación y demarcación) con el material clínico, nos obliga a realizar. Porque, justamente, si situamos al psicoanálisis como una praxis, es porque no estamos en la ingenuidad de creer que es posible un abordaje y captación puro de lo real, de la “cosa en sí”, sino que queda explicitado en la conceptualización, que abordamos lo real desde un andamiaje simbólico particular que define nuestra praxis. Nuestra escucha y observación están guiadas por los indicadores que la teoría psicoanalítica nos señala como relevantes – que nos orienta al trabajo privilegiando los *límites* y los *restos: hórasis y cienopitagorismo*.

Por supuesto, lo recién señalado - las modalidades de intervención lógicas particulares en la escucha desde la supervisión-, se repite cuando investigamos la lógica de la intervención del analista en la sesión concreta. Es lo esperable, si ya habíamos situado que la observación de lo que pasa en la supervisión, es una observación de un fragmento (local) que pertenece a un continuum que es la praxis psicoanalítica. Como señala Zalamea, encontramos en el recorte de lo local, propiedades que se repiten en la generalidad del *continuum* donde pertenece.

En efecto, El comienzo, la entrada en análisis, puede situarse como la producción de un *corte* sobre el *continuum* aparentemente monolítico que era el discurso inicial del sujeto consciente, concreto y sometido al control yoico. Dicho corte puede ser, por ejemplo, situar una contradicción en ese ideal discurso sin fisuras. Esta contradicción, al no ser tratada como un error, sino como un potencial índice de algo latente (de otra cadena semiótica reprimida que pugna por salir), nos va a permitir entrar en otro estrato, otro continuum subyacente y

más básico (pero que estaba fuera del control consciente) - lo que el psicoanálisis conceptualiza como cadena significativa inconsciente-, que determinaba al sujeto hasta ese momento, aunque él no lo supiera. Esto implica una *lógica triádica*, que no toma la contradicción como error, sino como “falla” o grieta que se abre y nos hace visible el contorno de un límite, de un desfiladero, un horos que hace límite y conecta con otro plano antes no consciente. (y abre así una semiosis detenida o, quizá, producirá una semiosis novedosa). Esta operatoria puede pensarse como un trabajo con las anomalías de superficie, que nos anuncian del estrato subyacente.

La intervención del analista, las interpretaciones, son conceptualizadas por Lacan en el estatuto de “*acto*”. Porque rompe una continuidad. Mientras estamos en la misma continuidad, solo hacemos acciones, que mantienen el *status quo* instalado. El acto rompe ese continuum que aparentaba ser la totalidad de las posibilidades. El acto es una apuesta del sujeto, del ser-hablante, ya que debe hacer su apuesta sin tener certezas de su éxito. En este sentido, es una decisión arbitraria. El analista hace una intervención, una interpretación. ¿podría haber sido otra? Sí. En ese sentido es *arbitrario*, pero con la concepción de arbitrario que desarrolla por ejemplo Roberto Perry. Un poco más adelante retomaremos esto.

## Psicoanálisis, Horosis y Cienopitagorismo

Recién, casi en forma natural, hemos intercalado concepciones y herramientas *c(i)enopitagóricas* y de abordaje del *horosis*, para dar una explicación y formalización de distintas operatorias de la práctica psicoanalítica. Pero veamos cómo su fundador mismo daba las coordenadas de nacimiento de esta disciplina:

“El psicoanálisis nació en un terreno estrictamente delimitado. Originalmente sólo conocía un fin: el de comprender algo de la naturaleza de las enfermedades nerviosas llamadas “funcionales”, para vencer la impotencia médica de hasta entonces en cuanto a su tratamiento. Los neurólogos de aquella época habían sido formados en la sobreestimación de los hechos químico-físicos y patológico-anatómicos, y a lo último se hallaban bajo la influencia de los descubrimientos de Hitzig y Fritsch, Ferrier, Goltz y otros, que parecían demostrar una íntima vinculación, quizá exclusiva de ciertas funciones a determinadas partes del cerebro. Con *el factor psíquico* no sabían qué hacer: no podían aprehenderlo; lo abandonaban a los filósofos, a los místicos y a los curanderos; y, en consecuencia, no se abría acceso a ninguno de los secretos de la neurosis...” (Freud 1981).

Este párrafo de Freud sitúa el nacimiento mismo del psicoanálisis en las fronteras, en los bordes de otras prácticas científicas como la neurología, la psiquiatría y la medicina clínica. Se funda como práctica y teoría que intenta dar estatuto y abordar a lo que queda por fuera de dichas disciplinas, a lo que no pueden dar

explicación, a esos “restos” o residuos que quedan por fuera de las teorizaciones del mundo científico de aquella época.

Situamos así al psicoanálisis como ciencia horóstica, en el sentido de praxis que trabaja con los límites, con los bordes, y por otro lado cienopitagórica, al abordar desde las tres categorías peirceanas a los restos, los lodos, los residuos que otras prácticas dejaban de lado en sus abordajes del sujeto humano.

Desde estos nuevos marcos epistémicos, podemos visibilizar un lugar para el psicoanálisis dentro de las prácticas científicas:

“Allende ciertas esperanzas de la filosofía analítica, que creía poder alcanzar una cristalinidad del entendimiento al hurgar en el lenguaje y en la gramática, una visión cienopitagórica acepta, por el contrario, una ubicua presencia de un lodo estructural y semántico que imposibilita la pretensión de reducir el conocimiento a entornos de “aguas limpias”. La suciedad –bajo múltiples formas: polisemia, osmosis, ambigüedad, contradicción– no puede ser erradicada, y, de hecho, parece constituirse en componente ineludible de los actos humanos. Más aún, resulta ser gracias a esa suciedad como emergen muchos de los más importantes actos creativos, en fronteras nunca bien definidas, en momentos de incertidumbre, en medio de una enlodada imaginación. En realidad, parece natural que las aguas turbias sean aquellas que reflejen mejor, gracias a sus mixturas y sedimentos, los espacios complejos de la razonabilidad (acrónimo de “razón + sensibilidad”, según [Vaz Ferreira 1910, p. 7]). El problema de asomarse a las aguas turbias, y el querer a toda costa decantarlas en reductos cristalinos, responde a dudas válidas acerca de la posibilidad de analizar lo oscuro, lo intermedio, lo deslizante. Por supuesto, ello difícilmente podría lograrse con las herramientas usuales del empirismo o de la filosofía analítica. (...)

Zalamea entonces nos dirá que al contrario de aquellas posiciones epistemológicas rígidas,

“diversas lógicas alternativas en el siglo XX –cerca del cieno y no consideradas aún en la tradición analítica– tienen mucho por ofrecernos. Ante todo, la imprescindible polisemia del lenguaje, con su amplio espectro semántico, irreducible a disecciones sintácticas o gramaticales, fuerza la adopción de lógicas polivalentes en cualquier aproximación al conocimiento que pretenda basarse sobre el lenguaje. De inmediato, tienen que desaparecer entonces los usos del binario (o... o....), lastre permanente de la práctica analítica. Las clasificaciones deben pasar a ser, al menos, ternarias, como lo indica el 1-2-3 peirceano. Yendo aún más allá, debe pasarse del cienopitagorismo a un cienopitagorismo extendido, donde las posibilidades y las opciones de verdad se multipliquen *ad infinitum*.” (Zalamea 2013).

Podemos decir que un aporte que brinda la invención freudiana en este campo epistémico ampliado, es el de detectar contaminaciones, obstrucciones locales del

lenguaje, de la semiosis, en el contexto del *sujeto hablante*. Por ejemplo, lo que el psicoanálisis sitúa como *lo imaginario* del cuerpo, que afecta al pensamiento. “En eso consiste el pensamiento, en que unas palabras introduzcan en el cuerpo algunas representaciones imbéciles, y ya está hecho el recado; ya tienen con eso lo imaginario...” (Lacan 1988).

El inicio de articulación entre esta epistemología peirceana, enriquecida por algunos continuadores de su pensamiento en la actualidad, y la posición epistémica y metodológica del psicoanálisis de orientación freudiano-lacaniana, ya fue trabajada por nosotros en otro lugar (Zelis 2020). Fernando Zalamea, haciendo una lectura de algunos puntos de dicho trabajo en el marco de una Conferencia (Zalamea 2020), nos hace un importante aporte para conceptualizar una base epistémica compleja, compartida por Peirce y Lacan. En efecto, nos dirá que ambos coinciden en situar como fundamentales (epistemológica y metodológicamente) tres tópicos:

- Liminaridad (frontera – TOPOLOGÍA)
- Triadicidad (signo - SEMIÓTICA)
- Irreductibilidad (riqueza integrativa de TOPOLOGÍA – SEMIÓTICA) (coligadas entre sí).

Esta base los lleva a ambos pensadores a sostener la complejidad, la riqueza de sus abordajes, integrando herramientas topológicas y semióticas, no reductibles a binarismos, manteniendo un abordaje que no reduzca la riqueza de la complejidad que nos presenta lo real, un abordaje del objeto que no lo reduce a sus partes elementales.

Peirce desarrollará sus Gráficos existenciales, donde las operaciones lógicas se juegan como cortes y pegamientos en una hoja de aserción, o sea, en una estructura topológica (se coligan, se vinculan ahora lógica y topología). Nos señalaba Zalamea en dicha conferencia que Peirce de esta manera nos mostraba cómo la topología precedía y forzaba a la lógica. Pero esto consueña y puede explicar la insistencia del Lacan - con mayor énfasis en su última etapa-, de buscar herramientas topológicas para dar cuenta de la clínica psicoanalítica y de lo que sucede con el sujeto humano, hasta el momento que toma un primer plano su indagación a partir de los nudos, anudamiento borromeo, cortes y suturas en las cuerdas.

“Los redondeles de cuerda esos que me descosí dibujándoles, los redondeles esos, no se tata de ronronearlos. Tendrían que servirles, y servirles precisamente para la ida, el recorrido hollado de que les hablaba este año, servirles para que se percaten de la topología que define.” (Lacan 1988).

## **Lo arbitrario en el lenguaje y en el psicoanálisis.**

Resulta ser sumamente sugerente y abre nuevas líneas, conectar algunas propiedades que Roberto Perry señala sobre “lo arbitrario, y lo arbitrario en el lenguaje”, con estas nociones psicoanalíticas de acto, e interpretación.

Una parte importante del trabajo del psicoanalista es justamente, lograr romper un *estatus quo* mental del sujeto que está cerrado, blindado, pero del cual el sujeto se queja por estar padeciéndolo. En ese status-quo, instalado en ese continuum, el sujeto se siente impotente, ya que no ve en el horizonte nada que no pertenezca a su hábito ya instalado. Es preciso una acción “externa”, pero “adentro” del vínculo transferencial, el acto del analista. Implica proponer una interpretación en el límite, “por fuera”, pero que conecte con el “adentro” del sistema de pensamiento en que está atrapado en ese momento el sujeto. La *apuesta* del analista ahí es que esa palabra, o esa pregunta, o ese recorte del decir del analizante, tenga como efecto producir una asociación mental novedosa, o restaurar una asociación que había sido censurada o reprimida. Desde Peirce podemos decir, restaurar una semiosis, o producir una semiosis nueva. Esa intervención, por venir (visto sólo desde una de las caras) por fuera del sujeto, puede considerarse en cierto modo arbitraria. El analista no tiene una garantía de que dicha intervención sea absolutamente precisa y la única que cabría realizar. Sin embargo, en el momento de la intervención, se ve impulsado a realizarla desde las coordenadas mismas de la situación clínica. No se trata de un capricho. Pero tampoco es una relación bi-unívoca a descubrir. ¿Cómo entender este estatuto? No seguramente con una lógica binaria o reducida sólo a la deducción o la inducción.

Aquí retomamos entonces, lo que habíamos solo indicado, sobre un aporte de Roberto Perry que nos puede servir. En primer lugar, hará referencia al peligro de una debilidad ideológica que aún flota de alguna manera en el discurso común que habitamos.

“se representa a la arbitrariedad como sinónima con el cambio súbito e inesperado, el capricho, (...) con lo cual el papel realmente fructífero de la arbitrariedad, tal como se hace evidente en las matemáticas, por ejemplo, permanece por completo ausente” (Perry 2010).

Ahora bien, Perry avanza en ubicar algunas propiedades de nuestro Orden Simbólico, de la cultura y el pensamiento, en tanto éste se articula en signos:

“la humanidad debe de haberse formado una noción aproximada (acaso extraléxica o preléxica) de la naturaleza relativamente arbitraria, deliberada, de los signos culturales, incluidos los lingüísticos. Tal noción es parte indispensable del proceso por el que emergen las identidades (por tanto los bordes) de las comunidades de habla.”

¿Cuál sería entonces el estatuto de un acto arbitrario? ¿Qué implica un acto arbitrario? En este contexto, un acto arbitrario tiene un motivo, un objetivo, busca, produce una:

“fijación temporal, relativa, de algo, a saber un mediador, con miras al logro de un cierto fin razonable (no siempre evidente, pero siempre”capaz de ser puesto a prueba mediante experimento”), alcanzar el cual exige grados de flexibilidad y plasticidad mínimos, consistentes por lo menos en alguna libertad con respecto al contexto inmediato y libertad con respecto a la auto-contradicción” (Perry 2010).



Pasa luego a profundizar en la “uberty” de la arbitrariedad, en cómo puede funcionar para abrir el acceso al campo de las posibilidades y de la toma de decisión para actuar (concordando con el peso que la palabra *acto* tomará para el psicoanálisis).

“La arbitrariedad nos permite extraer mentalmente una posibilidad particular, desgajándola de entre un continuo de posibilidades, y proceder a considerar las consecuencias. Ese es un aspecto nuclear de aquello a lo que se refiere Peirce cuando propone un tránsito de la primeridad (posibilidad) a la terceridad (racionalidad) *via* la mediación de la segundidad (un acto arbitrario de cuantificación ejecutado mediante fuerza bruta). La arbitrariedad sería, entonces, un medio natural de tránsito hacia el crecimiento y la superación (aunque fuese transitoria) de los límites impuestos por la circunstancia, mediante la contemplación de aquellas prefiguraciones que se nos conceden en la anticipación. Es así como esta, la anticipación, impulsa la exploración cognitiva del mundo, en la forma de una variación por di-versión, que dirige la estructuración de las hipótesis. (...) La arbitrariedad es saludable y muy claramente necesaria cuando venimos al asunto de habérmolas con continuo, de cualquier tipo. Todo corte sobre un *continuum* es, en principio, arbitrario.”

Recordemos cómo ubicábamos algunas de las intervenciones más típicas del psicoanalista: producir un corte en un continuum (por ejemplo, el discurso inicial consciente y yoico del sujeto, que busca manifestarse completo y sin fisuras).

Desde la doctrina psicoanalítica se dice que una interpretación solo se corrobora como acertada, por el efecto que tiene a posteriori, por las manifestaciones del sujeto luego de esa intervención y las asociaciones que produzca o no. Ese era un aspecto tomado por los retractores del psicoanálisis para concluir que entonces la interpretación era solo un capricho sin fundamento, llevando así el riesgo de convertirse en una práctica sin rigor, y oscurantista. Una vez más, la articulación de Perry nos saca de esta última pobre perspectiva reduccionista, y amplía el tema incluso para todo el campo científico.

“La ciencia es, entre otros esfuerzos, una lucha hacia la disminución eventual del grado de arbitrariedad de sus propios cortes. Todo corte, sin embargo, visto como un caso de acción o evento que tiene que ocurrir (como toda acción o evento) en el marco de un *hic* y un *nunc*, no puede menos que comenzar por ser arbitrario. Un proceso viable de recuperación *post hoc* de la motivación para el corte no lo libera de su arbitrariedad original, que es indispensable, aunque el punto de todo radique en una merma relativa de la cantidad de arbitrariedad. Esta no debe tomarse ni como capricho, no como un “mal necesario”.

Es más, la arbitrariedad será situada como una herramienta indispensable para abordar fenómenos complejos (como lo es la conducta humana, por ejemplo):

“La arbitrariedad es uno de los umbrales principales hacia la complejidad, si es que acaso no resulta ser el umbral vital hacia la complejidad, pues le ofrece a la dinámica de los procesos la ocasión de di-versión, y la di-versión es el logro de las condiciones para una búsqueda altamente degenerada (en el sentido matemático y biológico del término) de salidas o soluciones ante una determinada circunstancia.”

¿Qué decir de esta definición de *di-versión* sino que precisamente parece ser un ingrediente indispensable para la salud mental, para la capacidad del sujeto humano de resolver sus problemáticas subjetivas, para poder salir de los atolladeros mentales que pueden presentársele como absolutos? Lacan, y no por azar, utiliza justamente esta palabra así dividida, de la misma forma que lo hacía Perry. En el caso del francés, una de sus intenciones era remarcar la necesidad de un sujeto de salir de una única versión, por ejemplo, de su destino, de los mandatos recibidos, y apostar a la capacidad del *ser-hablante* para poder armarse o inventarse una nueva versión a partir de lo heredado.

“...los procesos de percepción no se pueden simular de maneras cabal mediante cómputos digitales, ni en ningún escenario controlado por procedimientos matemáticos discretos. La percepción requiere de la aplicación de procesos de cortado arbitrario y ulterior interpretación, lo que le confiere a la percepción su naturaleza flexible y plástica.”  
(Perry 2010)

Esta es una preciosa indicación que los psicoanalista podemos tomar si la extrapolamos a nuestro propósito de producir en el analizante asociaciones mentales que reabran *semiosis* detenidas o incluso cuando ya es necesario que pueda producir una *nueva* semiosis, gracias a una intervención arbitraria pero lógica (lógica abductiva) para producir una nueva versión que lo saque de su padecimiento. Lacan, comentando su escrito *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, y en conexión con su conceptualización de *acto*, dirá:

“...uno no puede permanecer en suspenso porque hace falta en un momento concluir. Me esfuerzo allí en anudar el tiempo con la lógica misma. (...) Hasta cierto punto, se concluye siempre demasiado pronto. Pero ese demasiado pronto es la evitación de un demasiado tarde.”  
(Lacan 1988).

Además, como señala Perry, lo arbitrario es parte esencial incluso en la adquisición del lenguaje. Lacan ubica la dependencia del ser-hablante con el lenguaje a partir del significante. Y, dirá, el significante, ya de por sí, nos aleja de “lo natural”. El campo de la significación y del sentido humano está jugado en los procesos de funcionamiento del lenguaje, en especial la metáfora y la metonimia (en la forma particular que las extrapola Lacan y se las apropia para desarrollar lo que Freud situara como condensación y desplazamiento, operaciones del proceso primario en el psiquismo).

“La metáfora es, radicalmente, el efecto de la sustitución de un significante por otro dentro de una cadena, sin que nada natural lo predestine a la función de ‘fora’, salvo que se trata de dos significantes, reductibles, como tales, a una oposición fonemática.” (Lacan 2002)

Se comprueba que estos mecanismos del sentido y significación del ser-hablante se juegan con componentes “*arbitrarios*”, entendiendo que no están en relación con ninguna naturaleza ya dada, pero que, a partir de constituirse, determinan al sujeto humano. Dirá Lacan que esta “arbitrariedad” inicial del orden simbólico es lo que constituirá la verdadera “esencia” del ser-humano:

“*El gato hace guau-guau, el perro hace miau-miau.* He aquí de qué modo deletrea el niño los poderes del discurso e inaugura el pensamiento (Lacan 2002).

## Referencias

- Freud, Sigmund. 1981. “Esquema Del Psicoanálisis”. En *Obras Completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lacan, Jacques. 1975. “Conferencia En Ginebra Sobre El Síntoma”. En *Intervenciones y Textos*, 2:115-144. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- . 1988. “La Tercera”. En *Intervenciones y Textos 2*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- . 2002. “La Metáfora Del Sujeto”. En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Perry, R. 2010. “La arbitrariedad en el lenguaje, la cognición y algunos otros ámbitos”. *Cuadernos de sistemática Peirceana 2*.
- Zalamea, Fernando. 2010. “Continuidad y plasticidad en los gráficos existenciales”. *Cuadernos de sistemática Peirceana 2*.
- . 2012. “Formas de horosis en la arquitectónica peirceana”. *Cuadernos de sistemática Peirceana 4*.
- . 2013. “El cienopitagorismo y las lógicas de las aguas turbias”. *Cuadernos de sistemática Peirceana 5*.
- . 2016. “Horosis y cienopitagorismo para el siglo XXI”. En *Charles S Peirce: Ciencia, filosofía y verdad*, editado por Jaime Nubiola y Catalina Hynes. Salta: La Monteagudo Ediciones.
- . 2020. “Acerca de Peirce y Lacan: enlaces semióticos y topológicos”. En *APOLa*. Bogotá: La Monteagudo Ediciones.
- Zelis, Oscar. 2020. *Sujeto y Orden Simbólico*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Zelis, Oscar y G. Pulice. 2008. “¿Quién Resiste a La Clasificación?” En *III Jornadas Peirce En Argentina*. <https://www.unav.es/gep/IIIPeirceArgentinaZelisPulice.html>.